



LAS QUE HACEN LOS VESTIDOS Y LAS QUE LOS USAN.

17 DE FEBRERO DE 1856.

Á RICARDO RIVERA.

Amigo mío: Antes de conocer á V. sabía que era poeta, y me maravillaba de que no confiase á la pluma sus pensamientos.

Desde que le conocí comprendo el por qué.

Es que no ha querido V. hacer lo que todos los españoles, sean ó no poetas, tengan ó no algo de caletre, gocen de patentes de ciencia ó hayan colgado los manteos á las primeras calabazas de la cosecha primera de filosofía.

Es que aun decidido á comprar cuadernillos y á romper cuartillas, no ha querido V. arrostrar las penalidades que cuesta el verlas convertidas en pliegos.

Es que sabe V. que en España escriben por vicio Hartzenbusch, Lafuente, Breton, Ferrer del Río, Zorrilla, la Abellana, Fernán-Caballero etc. etc., y tienen que hacerse empleados, hombres políticos ó morir de hambre Florentino, Ayala, Egui-laz, Cazorro, Selgas, Cisneros, Trueba, Cea etc.

Sabe V. que Mellado por una novela original que haga un tomo dá 25 duros, y que Mellado pierde en la empresa.

Porque en España aprenden inútilmente á leer las cuatro quintas partes de los que saben.

He averiguado que se ha hecho V. pintor, porque el pincel escribe en todos los idiomas.

Después he sabido que casi abandona V. el pincel, porque no sabe el castellano, al menos para los españoles.

Ha afilado V. el lápiz como único recurso de poner sus pensamientos al alcance de todos, esto es, de que se tome la gente el trabajo de conocerlos.

Ha hecho V. bien: en España se escribe mas de lo que se lee, se venden cuadros, pero no se compran, se miran los grabados, porque se dan á precio de fábrica, los lleva á la puerta el repartidor, distraen la imaginación sin cansarla, divierten á los niños, y por último, en una casa siempre encuentra aplicación el papel impreso.

Obra V. con juicio y solo al dibujar el anterior grabado me encuentro en desacuerdo con V.

Si al acabar la obra, hubiese tomado la pluma para consignar las ideas que por su imaginación discurrían, esta segunda plana del SEMANARIO sería tan agradable como la primera y evitaria á los lectores, el artículo que ocupa su lugar, tan insulso y de escaso valer.

EL PRIMER CUADRO.

Á pesar de que los pobres, que tienen sus flaquezas lo mismo que los ricos, han hecho grandes esfuerzos para expulsar de la capital de España el nombre de boardilla, sustituyéndole por el compuesto *sotabanco*, restan muchas que si se observara lo que en ellas acontece, como lo que en los palacios pasa, daría lugar á interesantes historias. — No es esto decir, que los *sotabanco* no encierran también otra riqueza histórica, tan parecida á la de las boardillas, como la mala educación de un hijo al punible abandono de su padre.

Examinemos el primer cuadro.

Aquella joven trabajando de sol á sol, si tiene habilidad, podrá ganar seis reales cada día. De ellos ha de pagar la casa, costear la enfermedad de su madre, mantenerse y vestirse. Trabaja y se afana por concluir, para poder llevar al almacén, un vestido, por cuya hechura recibirá algunos reales, los que necesita para traer un alimento á la enferma y la frugal comida del día inmediato. Pero en su desgracia tiene resignación: cada puntada le acerca el momento de poder aliviar á la que le dió el ser; redobla su actividad y su esmero y se consuela al pensar que la maestra le proporcionará todo el trabajo que necesite, atendiendo á estas cualidades: la rectitud de su proceder la eleva el alma á Dios y reza para suplicarle el remedio de la pobre anciana.

Aquella la mira y la bendice con sus ojos.

La joven al par que cose, sueña también con sus ilusiones dulcísimas.

Las puntadas son la péndola que cuenta los minutos que fal-

tan, para que llegue la hora de ver á su amante, y de tiempo en tiempo su corazón palpita y su imaginación calcula.

Ya serán las siete, se dice, hasta las ocho no acaba la vela, un cuarto de hora que tardará en venir, lo mas, lo mas, á las ocho y media está aquí; solo me resta la guarnición de la falda y poner los agremes, de modo que tengo el tiempo justo para acabar la obra y vestirme. ¡Oh! Juan no se hará esperar; sabe que no dejo nunca sola á mi madre y que á las nueve se cierra la tienda.

Entretenida así su imaginación, el trabajo se hace solo, y la poesía del alma presta á las manos esa gracia y esa coquetería para colocar los adornos del vestido, tan original como variada y caprichosa.

Por eso no piensa en que puede haber otra mujer mas feliz que ella en el mundo, siendo así que ninguna le aventajará en desdichada, porque si esto pensase, sabe muy bien que el vestido no se acabaría aquella noche, que vendría su amante antes de darle tiempo á recogerse la trenza, y que su madre no podría tomar la sémola que ella le condimenta, que la enferma riega con lágrimas de ternura y que Dios bendice desde el cielo.

Acabado por fin, la niña ufana de su labor, colocando el velón en la mesita al lado de la cama, deja encima de esta el vestido, que examina la madre orgullosa de su hija.

No hay tampoco otro lugar donde colocarlo sin temor de que se manche.

Se acicala en un *sancti amen*, porque el atavío exento de mirriñaques y arreboles es cosa breve, y para que no se hagan tan largos los instantes que Juan tarde en llamar al picaporte, entretiénese la costurera en acabar la bastilla de un pañuelo del cuello, que borda para regalar á aquel el día de su boda.

La pobre anciana está muy triste; solo se la oye pronunciar esa especie de levisimo silbido que producen algunas personas cuando rezan.

¡Si supiera la niña el pesar que agobia el corazón de la madre! ¡Cuánto tarda esta noche Juan! exclama la joven: ¿qué le habrá sucedido?

— Estará ocupado, hija mía; ya sabes que en la imprenta ocurren á lo mejor prisas; y como él es esclavo del trabajo.....

— Pero esta noche que le dije que viniera pronto..... Y un suspiro sin fin se escapó de su alma.

Se oyen pasos precipitados en la escalera, y la niña corre á la puerta para abrir al que aguarda, que jadeando y loco se va derecho á la cama de la enferma, diciendo: «Ya estoy libre, soy feliz, madre mía, Dios la ha oído.»

Atónita, espantada la impaciente joven, con esa penetración que tiene el corazón de las mujeres, y de las mujeres enamoradas sobre todo, comprendió en un instante todo el cariño de su amante, toda la felicidad de su madre, la magnitud de la desgracia que sobre ella pesaba sin saberlo, el poder de esa providencia que vela por los buenos; y en vez de revelarse la risa y el placer sin igual en su semblante, palideció, brotaron de sus ojos lágrimas, arrodillándose ante una imagen á orillas del lecho, dijo una breve oración, besó á su madre, indicó á Juan con los ojos que cuidara de ella, y cogiendo el pañuelo en que cuidadosamente había doblado su obra, se dirigió al taller. Su placer necesitaba abundantes lágrimas y mas aire del que en aquel recinto había para poder respirar.

Juan que reveló anteriormente á la enferma que era quinto, se acababa de librar, porque un caballero tan rico como generoso, que vivía en su barrio y cuyo hijo entraba aquel año en suerte, pagó de su bolsillo el contingente de los seis soldados que correspondían al distrito.

Juan había abrazado en su arrebato la cabeza de la anciana y colmádola de besos. La niña se fué porque no debía abrazar á Juan, y Juan era el ángel tutelar de su madre. Aquella man-sión de la desgracia cambió de faz completamente; eran felices.

EL SEGUNDO CUADRO.

Hasta hace algunos años, cuando nuestra aristocracia habla-

ba el español mejor que el francés y el francés tan mal como ahora el español; cuando entre otras la palabra *gracias* tenía aplicación propia y no había suplantado al monosílabo de la afirmación; entonces que el lujo se concretaba á proteger las industrias españolas, y las niñas solteras se abstendían de usar vestidos que eran *impropios*, y las casadas temían que por su porte pudiera ponerse en duda la honra de su casa; entonces no sucedían la octava parte de las desgracias que cercan hoy á la familia española.

Es verdad que las niñas no sabían idiomas, ni estudiaban ciencias, ni empleaban su memoria en retener el catálogo de las novelas francesas, ni poseían el arte de la coquetería al grado que hoy; pero sabían religión, que es la ciencia verdadera que necesitan las madres, cuidaban en la casa de los negocios domésticos, útil aprendizaje que la que lo ha hecho con fruto, lleva con él al matrimonio una pingüe renta, y con virtud y recato se granjeaban el cariño de un hombre, cariño verdadero, no fútil y del instante como el que engendra el capricho.

Entonces.... pero dejémoslos de entonces, para ocuparnos del segundo cuadro que representa el dibujo de Ricardo Rivera.

Dos señoras, se encuentran en una sala al rededor de un velador, la una entreteniéndose en arreglar una maceta y la otra haciendo caricias á un perrito.

Ambas son madres de una abundante prole.

La una, que se llama Luisa, está casada con un brigadier de carabineros, y la otra, Amalia, con un abogado con pleitos.

Las reúne en casa de una de ellas un gravísimo negocio; se trata del vestido que han de llevar al baile de....

No será fuera del caso que el lector á manera de taquígrafo apunte algo del diálogo que mantienen.

LUISA. No puedes figurarte hija, el dineral que me ha llevado Madame Bernós por las manteletas que le mandé hacer para las niñas. Se lo he ocultado á mi marido, porque es una atrocidad.

AMALIA. Pues, hija, has hecho mal; yo no comprendo ese lujo en los niños. Se me figura dinero tirado á la calle, porque como todo lo echan á perder en seguida, remuerde la conciencia de gastar nada con ellos: yo hago lo contrario que tú. Mi marido es tacaño hasta no mas, pero con los niños tengo siempre la mina en productos: hoy le saco para una gorrita, mañana para un gaban, al otro día para una chaqueta: les hago lo menos que puedo, y con esos recursos, y lo que yo le saco para mí, voy trampeando.

LUISA. Hija, hija, que gana de mortificarse: pídele para los niños y que se lo haga la modista, y pídele para ti también: ¿qué remedio ha de tener sino darte lo que le pidas?—Vamos, veo que eres una infeliz.

AMALIA. Y tanto, si tú supieras que desgraciada soy.—Mi marido es de lo mas celoso que has visto.

LUISA. Esa también; pues dí que no tiene el diablo por donde desecharle. Cúrale como yo curé al mío.—Por ese lado soy completamente dichosa.—Lo único que me aflige es, te lo confieso, el que mi marido no tenga mejor posición, porque cada vez que veo á la condesa de.... y á la marquesa de.... que no tienen gusto ni gracia para vestir, y aunque gastan riquísimas cosas me sería tan fácil sobrepasarlas sin necesidad de mucho dinero, te aseguro que sufro mucho mi amor propio.

AMALIA. ¡Ay! Luisa, quién estuviera soltera para pensar como tú piensas, y los niños ¿no te dan nada que hacer, para que todavía te mantengas tan en tus trece?

LUISA. A mí nada; yo desde que nacen les doy un beso todos los días y nada mas; ahora me mataría yo por ellos para que mañana.

En fin, mi pluma taquígráfica, lector amigo, se resiste á continuar.

Estas mujeres que posponen al amor de la moda el de los hijos, el de su marido, el que dirán de las gentes sensatas, estas

mujeres viven fuera de la ley; por la veleidad de su imaginación por el torcedor continuo de no tener nunca bastante para gastar, por la lucha doméstica, que es de todos los desastres el mas desdichado, son mas infelices que la pobre modista que gana su sustento y que tiene la conciencia de su trabajo.

El lujo, ha dicho un economista francés, es la tiranía que ejercen los pobres sobre los ricos.

El lujo, digo yo, es para las mujeres lo que el juego para los hombres; el germen de todos los errores.

Cuando una dama de elevada alcurnia se ve en la precisión de emplear un caudal en un traje, que á la hora de vestirlo ha de hacer girones el frenesí de los danzantes, si tiene corazón, es necesario compadecerla; porque es víctima de esas leyes ridículas de la sociedad, de que no nos es dado desprendernos; pero la mujer que excitada por la vanidad arruina su familia, y seducida por el pueril deseo de lucir, desoye la voz de la razón, y se lanza en el camino del despilfarro, no puede exigir compasión del mundo. Los necios son los primeros que la ridiculizan; los hombres sensatos la desprecian.

Al ver un traje que muere en una noche y ha costado una gran cantidad, ¿Quién no recuerda la estrechez en que viven infinidad de familias honradas, que con aquella suma quizá se labrarían un cómodo bienestar; las penalidades que arrastra el hijo de las montañas que sufre los peligros de largas navegaciones y contrarios climas, para volver á su patria, enfermo, y por todo caudal con la mitad de lo que vale aquel vestido? ¿Quién no vé la miseria, el abandono y la desesperación, cuyos quejidos ahoga el mundo con la algazara de su loco frenesí, y cuyas sombras esconden los débiles tabiques de todas las casas!

Las figuras que representa el segundo cuadro, ínterin perdemos el tiempo en estas consideraciones, te han dado á conocer su mutua infelicidad: un solo deseo sin límite y sin objeto las domina, el lujo, olvidando por él, las dulces emociones de la vida, que solo es dable disfrutar á una madre, las caricias de sus hijos.

Amigo Rivera, la interpretación contraria del dibujo se le ocurrirá á cualquiera, dándole la que se le ha dado, pretende acercarse mas al pensamiento de V.

LUIS DE CASTRO.

EL CONDE DON JULIAN.

CONSEJA CORDOBESA.

Grande nombradía debió de dejar en este país el famoso conde D. Julian, á quien el vulgo atribuye por entero la pérdida de España. ¿Sería natural de esta tierra, ó poseería en ella algunos bienes ó estado, y de aquí haberse originado la conseja que de él se cuenta? Es pues indudable que por lo comun no hay tradición popular por absurda que sea, que no haya tenido algun principio cierto; aunque sea imposible rastrear cuál haya sido este, porque de un suceso ordinario se ha formado un largo cuento desfigurándole, y se le han agregado las mas portentosas circunstancias.

Por los años de mil quinientos y tantos un alguacil de Córdoba llamado Morales iba á una comisión á los Pedroches, y habiendo perdido el camino en medio de la sierra, fué á dar en un colmenar donde solo halló un hombre con su mujer. Así que estos le vieron quedaron admirados de que un hombre á caballo hubiese llegado hasta aquel sitio donde jamás habían visto otro que el dueño del colmenar. Preguntáronle á qué iba por aquellas asperezas tan fuera de camino, á que respondió que le había perdido, y que no había encontrado persona alguna á quien preguntar, y como ya espiraba el día, les pidió le permitiesen pasar allí la noche. Dijole el colmenero: De buena voluntad os recibiremos en nuestro albergue; pero sabed que no tenemos cama para vos, ni un grano de cebada para la mula, y además, que si sois hombre de poco ánimo os morireis de espanto oyendo lo que pasa todas las noches cerca de esta choza. ¿Pues que es lo que pasa? preguntó el alguacil. Yo os lo diré, dijo el

colmenero. A un tiro de escopeta de aquí hay una fortaleza que dicen fué del conde D. Julian, por quién se perdió España, y todos los días siendo la media noche son tantos los lamentos, voces, ruido y sonar de cadenas que se oyen, y llamas de fuego que se ven, que es maravilla subsistamos nosotros aquí, y el dueño de estas colmenas cuando viene á verlas jamás pasa la noche en este sitio. Pues ¿cómo tienen aquí este colmenar, dijo el Morales, pasando las cosas que decís? Le tienen, respondió el colmenero, porque es este sitio tan bueno, de tan apacible temple, y tan fértil, que todo el año hay flores con que las abejas tienen muy buen pasto, y se coge abundante cosecha de miel. Y ¿no hay por aquí algunos ganaderos? preguntó el alguacil. Ningunos, dijo el colmenero; porque si acaso se acercan alguna vez, en oyendo lo que he dicho todos huyen. Pues sin embargo de todo, no tengo otro recurso que pasar aquí la noche, aunque no tengais provision alguna, cuanto mas que me habeis puesto deseo de experimentar lo que me habeis contado. Pidió le hiciesen merced de venderle cuatro panes para la mula, y él cenó con el colmenero y su mujer buenas tajadas de venado y jabali de las reses que en aquellos sitios tan áspersos y montuosos solía matar el colmenero. Luego compusieron al alguacil un cadalecho y se acostó, habiendo encargado antes que le despertasen cuando se oyese el ruido.

Llegada, pues, la media noche, principiaron á oírse las voces, el gran estruendo, el ruido de las cadenas y los lamentos, y de cuando en cuando salían llamas, y repetían lo que sigue: ¡Conde D. Julian, venid que ya es hora! Ea, ¡criados, disponed los lebreles y sabuesos, aparejad los adherentes de la caza, estad prontos! ¡Maestresala! que esté á punto la comida del conde.... miren que viene.... que viene.... Y dicho esto se oían unos gemidos tristísimos y dolorosos que retumbaban en la montaña. Todo lo cual oyó el alguacil Morales, y aunque hombre de valor se hincó de rodillas y pidió á Dios perdón de sus pecados, y esfuerzo para salir de aquel lugar. Así que amaneció cesó todo, y el alguacil rogó al colmenero le llevase á ver la fortaleza donde aquella terrible escena pasaba. Llévóle, y vió que era un fuerte castillo rodeado de torreones que tenía varias piezas, y un aljibe, y subiendo á lo alto descubrió desde allí un hermoso paisaje; pero aquel solitario edificio abandonado solo servía de albergue de fieras y de aves nocturnas y de rapaña. El colmenero sacó de aquellas breñas al alguacil y habiéndole puesto en camino le despidió y se volvió á su choza.

Por aquellos mismos tiempos habia en Córdoba un honrado Labrador llamado Baltasar de Ahumada, el cual cultivaba un lugar en la sierra, y teniendo mucho que hacer un día en su heredad, se levantó muy temprano y salió al campo por la puerta nombrada del Rincon, que le abrieron los porteros porque era conocido de ellos. Iba el Ahumada en su caballo y armado de lanza, y llegando cerca de la puerta del convento de nuestra señora de la Merced, que dista corto trecho de los muros, encontró un hombre tambien á caballo armado de pies á cabeza que llevaba lanza y adarga, el cual le dijo: Señor hidalgo, ¿á dónde vá vuestra merced tan temprano? Lléguese acá y hablaremos un rato, pues aun no han dado las dos. El lagarero, que no estaba en que fuese tan temprano, se llegó á donde estaba el caballero y le saludó: entonces este le dijo: Parece que vais á la sierra: decidme ¿hay en ella las hermosas huertas, los grandes naranjales y amenos jardines que en otro tiempo? Porque en opinion de hombres entendidos no hay en el mundo terreno que se pueda comparar á este. El lagarero respondió: Parte de eso ha quedado, porque todo va en decadencia, y los servicios y pechos son tantos, que los esquilmos no bastan para pagarlos, y así se va perdiendo todo: solo las heredades de los mayorazgos y de los canónigos que tienen rentas, son las que están mejor tratadas. La ciudad, dijo el caballero, debe de permanecer en el mismo estado que en tiempos antiguos. Así es, dijo Baltasar de Ahumada; nada va en aumento; antes en los pocos años que cuento echo de ver que se arruinan edificios que ennoblecian esta ciudad, los cuales no se reedifican, y todo va á menos por la estrechez del tiempo, que harto se hace con vivir. Entonces el caba-

llero dando un gran suspiro dijo: ¡Cuán floreciente conocí yo á esta famosa ciudad! ¡Qué de gente principal, y qué de nobleza habia en ella! ¡Qué contento reinaba en sus habitantes! ¡Qué de ejercicios de armas habia, y que de danzas y saraos! Era tal la grandeza y magnificencia de esta ciudad, que en oscureciendo se iluminaba desde la puerta de ella hasta el puente que se llama de Alcolea, que hay ocho millas, y se comunicaba toda la gente que se iba paseando á pié y á caballo de una parte á otra que era cosa de ver. ¡Válame Dios! ¿Pues tan anciano sois que habeis visto todo eso? ¡Oh! Sí soy, respondió el caballero: há mas de ochocientos años que pisaba yo estos lugares.... Al oír esto el lagarero se le erizó el cabello de espanto, y no sabia qué hacer, si permanecer al lado, ó huir del que así le hablaba. ¿No habeis oído alguna vez, continuó, el nombre del conde D. Julian? Pues yo soy ese desventurado conde gobernador de Ceuta, por quien se perdió España, que estoy padeciendo tormentos increíbles en el infierno; y diciendo esto dió un terrible estampido y desapareció el caballero y el caballo, dejando un fuerte olor sulfúreo. Baltasar de Ahumada quedó tan espantado con tan terrible vision, que pensó espirar de susto y, no teniendo ánimo para continuar su camino, se volvió malo á su casa y á los cuatro días murió.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

ANÉCDOTAS HISTÓRICAS

entresacadas de un manuscrito anónimo del siglo XVI.

ARDID DE UN JUDÍO.

Un judío venia de Valladolid á Medina del Campo en una mula, alcanzó á un hidalgo pobre que iba á pié, y apiadándose el judío del hidalgo que cabalgase en la mula, y lo hizo así; y el hidalgo dióse tanta prisa que dejó al judío, y como llegó á Medina, anduvo toda la noche por los mesones y no lo pudo hallar, y otro día por la mañana topóle en un meson, y requirió al mesonero que le guardase la mula que era suya, y fuese al corregidor, y dió queja del hidalgo, y mandóle llamar, el cual negó la mula ser del judío; y como tenia buena persona y el judío muy ruin, dijo al corregidor: ¡Cómo, señor, hombre soy yo que habia de tomar la mula á este judío! Y como no hizo otra prueba el judío fuese sin ella, y como es gente sutil, pensando sobre la pérdida de su mula, volvió al corregidor y díjole que le suplicaba mandase traer ante sí la mula, que ella diría cuya era, y el corregidor la mandó luego traer, y traída el judío le echó la capa sobre la cabeza y dijo: Señor, esta mula tiene una nube en un ojo; diga el hidalgo en cuál, pues dice que es suya: el hidalgo dijo en el derecho, y el judío quitando la capa, dijo al corregidor: Mire vuesa merced como no es suya, que no tiene nube ninguna, y así llevó el judío su mula.

CÓRTEES EN TOLEDO.

El año de 1539 hizo Córtes el emperador Carlos V en Toledo, donde se juntaron los grandes y prelados del reino, y allí se propuso lo de la sisa de los hijosdalgo de Castilla: los prelados se juntaron en el monasterio de S. Juan de los Reyes; y como gente que les importaba poco vinieron y firmaron todo lo que la I. M. pretendia. D. Pedro Fernandez de Velasco, condestable de Castilla lo defendió valerosamente y no consintió que se pagase. Entre los prelados que persuadian que se otorgase lo de la sisa fué el mas principal fray Garcia de Loria, cardenal que á la sazón era de Sigüenza, y hablando un día sobre ello en presencia de algunos señores contradeciale el conde de Simela; díjole entonces el cardenal: Señor conde, ¿qué cosa es sisa? A lo que este respondió: Señor, la Iglesia de Sevilla. Díjole porque entonces estaba vago el arzobispado de Sevilla por fallecimiento de D. Alonso Manrique, y fray Garcia andaba en pretensiones de aquel mendrugo.

BIOGRAFIA.

ANIBAL RINALDY.

Con asombro general
á todo extranjero en Roma
le hablaba en su propio idioma,
no hace mucho, un cardenal.

Pagó la deuda mortal;
mas de tí, Anibal, espero
que pronto, á una voz, entero
te aclame atónito el mundo,
el Mezzofante segundo,
que deja atrás al primero.

J. E. HARTZENBUSCH.

Hoy que el famoso niño, cuyo retrato encabeza este artículo, se dispone á abandonar á España, su patria adoptiva, creemos,

no solo oportuno, sino hasta necesario, consagrarle una página del SEMANARIO PINTORESCO.

Anibal Rinaldy, de edad de doce años, ciudadano del mundo, cristiano, turco, empleado español, viajero, dibujante, casi poliglota, pobre, recibido y estimado por monarcas, por sabios, por toda clase de eminencias, calígrafo sin rival, huérfano sin familia, es una figura demasiado notable, y promete ser una reputación por demas respetada, para que pase desapercibida á nuestros ojos, para que vuelva al Asia, de donde vino, sin que su historia quede inscrita en los anales de la civilización.

Anibal (*Selim* en árabe) nació el día 7 de octubre de 1844, en Damasco, donde recibió el agua del bautismo, por ser hijo de católicos.

Fué su padre Miguel Rinaldy, natural de Nápoles, residente en la Siria, á donde fué como médico á la guerra de Ibrahim-Bajá. Allí contrajo matrimonio con Teresa Fabre, maltesa, cristiana, hija de árabes. De este enlace nació Anibal.

Cuatro años despues murió Miguel Rinaldy. Anibal manifes-



ANIBAL RINALDY.

taba ya uno de esos talentos fenomenales que se revelan no solo en la fisonomía, sino en una sola palabra, en un ademán insignificante; pero quedó solo, pobre y abandonado.

Un hombre extraordinario, cuya instrucción no tiene límites, y de un talento clarísimo, cuya profundidad en vano ha querido medir el que esto escribe; Mustafá Abderraman, médico árabe, comprendió de una sola ojeada todo el desamparo y todo el mérito de Anibal, y adeptándole como pupilo, como discípulo, como hijo, se hizo cargo de su educación y le unió á su vida errante y aventurera.

De Tulchía, donde murió Miguel Rinaldy, partieron su hijo y Mustafá para Beyruth, en la Siria, de modo que la lengua nativa del jóven, la que balbuceó en su cuna, fué la arábica; y aun hoy mismo es el idioma que hablan familiarmente el maestro y el discípulo.

Mas como el padre de Anibal había sido italiano, aconteció una cosa extraña, y es que el niño, á los seis años de edad, empezó á recordar palabras que había oído á su padre en su primera infancia y á unir las á otras que de tiempo en tiempo salían de los labios de su preceptor. Aquellas palabras eran italianas. Un año despues Mustafá hablaba con Anibal el tierno idioma de Dante y de Petrarca.

Este hecho reveló al sabio árabe una verdad que debió hacerle palpar de júbilo: Anibal había traído al mundo, ni mas ni menos que él, una predisposición asombrosa para la filología. Mustafá Abderraman hablaba mas de veinte idiomas y sobre cuarenta dialectos: pudiera decirse que había presenciado la ruina de la torre de Babel. Por consiguiente, concibió la esperanza de transmitir todos sus conocimientos á Anibal, y para ello creyó que lo mas oportuno era adoptar el plan de en-

señanza con que él había aprendido cuanto sabía. — *Los viajes.*

Después del árabe y del italiano, Anibal aprendió el griego moderno, y por la sola razón, razón tiernísima por cierto, de haber vivido mucho tiempo Miguel Rinaldy y Teresa Fabre en la Valaquia, aprendió el válico; y porque su madre fué maltesa, aprendió el maltés; y porque era súbdito del gran Señor, aprendió el turco; y de esta manera, cuando á la edad de diez años llegó á Jerusalem hablaba seis idiomas, el árabe, el italiano, el griego, el válico, el maltés y el turco, empezando á conocer el inglés.

En Jerusalem le oyeron con pasma los sabios religiosos que pueblan sus conventos; el patriarca armenio le colmó de distinciones; visitó los santos lugares, y alcanzó el título de peregrino.

A todo esto había acabado de aprender el inglés y empezaba á dibujar de un modo admirable. En caligrafía era un portentoso. Entonces decidió Mustafá traerle á Europa.

Embárcanse en Alejandría con dirección á Malta, naufragan cerca de Candía; pierden todo su equipaje con libros, papeles y preciosidades antiguas; pero cuando, tras largos afanes, logran arribar á Malta, Anibal sabe un idioma mas; el francés, ese talisman necesario para recorrer las naciones civilizadas.

De Malta salen para Gibraltar, donde el joven políglota tiene ocasión de hablar las nueve lenguas que sabe, puesto que Gibraltar es en esto de idiomas una Babel.

De Gibraltar pasan á Málaga y Velez-Málaga. Permanece tres meses en estos dos puntos, y cuando llega á Granada, habla el español tan correctamente como un castellano viejo, ya que no como un académico de la lengua.

En Granada conoce al joven literato D. José Salvador de Salvador, quien maravillado ante aquel prodigio de precocidad, le presenta á la academia de ciencias y literatura de aquella capital, donde luce Anibal todos sus conocimientos con asombro de cuantos le escuchan. El Sr. Moreno Nieto, catedrático de árabe, le examina ante un numeroso concurso, y el joven damasquino es nombrado académico por aclamación.

Pero Granada es un ámbito estrecho para tal capacidad. El Sr. Salvador de Salvador envía á Anibal á Madrid, recomendándole á varios jóvenes literatos que viven en la corte asociados bajo el nombre de *Colonia granadina*.

Llega el niño filólogo á Madrid y no pasa mucho tiempo sin que S. M. la reina no le haya oído con profunda admiración y el gobierno le acepte y proteja, dándole una plaza en el ministerio de Estado, en la interpretación de lenguas.

De esta manera instalado, no por eso se duerme en sus laureles: el joven traduce viejos manuscritos; enseña lenguas orientales á la *Colonia granadina* que, en cambio, solo puede darle lecciones de *latín*. Anibal habla al poco tiempo la lengua de Virgilio.

Pero Portugal está un paso; el joven logra una real licencia y parte para Lisboa; á los doce días habla el portugués como el mas finchado luso. Reside allí dos meses y es recibido por el regente y por Pedro V. El joven y erudito monarca traduce el griego mirando por encima del hombro del oriental. Reúne el cuerpo diplomático en la secretaría de Estado, y Anibal habla á cada embajador en su idioma. Lluévenle honores, distinciones, títulos y regalos. Pero espira la licencia. Es preciso volver á Madrid. En el camino recoge el título de académico de la de Badajoz. El arzobispo de Toledo le da títulos, cartas, bulas; el joven va de biblioteca en biblioteca, dejando indelebles recuerdos de su ciencia peregrina. En el colegio de cadetes de Toledo logra una ovación inolvidable. Llega á Madrid. La prensa se ocupa de él con insistencia. Asiste al colegio de *sordo-mudos* y á los pocos días sabe este idioma mas. Mustafá, que le sigue á todas partes le enseña entre tanto las primeras nociones del hebreo y del armenio. Pasa el tiempo, y el peregrino se siente mal en la quietud de su vida de empleado. El oriente le llama con las lenguas que el joven no conoce todavía. El sanscrito, el chino ¿quién sabe?.... Anibal alcanza una pensión para Jerusalem, donde debe traducir manuscritos importantes, y este es el momento en que ese niño de doce años que habla trece idiomas, y cuya fisonomía fran-

ca, hermosa é inteligente es una predicción y un aviso de su grande porvenir, pone el pié en la nave que ha de llevarle al Asia, de donde tornará á España enriquecido con nuevos conocimientos.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

CAUSAS CELEBRES.

EL CLAVO,

POR PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

(Continuacion.)

Como esperábamos, encontráronse en ellas algunos girones de galon dorado, que sujetos á la madera con tachuelas de metal, habrían formado letras y números.

Pero el galon estaba roto, y era imposible ver aquellos caracteres.

Mas ni aun así se desconcertó Zarco: hizo arrancar completamente el galon, y las tachuelas, y por las puntadas de estas en la tabla tradujo las siguientes cifras.

A. G. R.

1852

R. I. P.

Zarco radió de entusiasmo al hacer este descubrimiento.

— ¡Es bastante, es demasiado! exclamó: asido de este cabo, daré vuelta al laberinto. ¡Lo descubriré todo!

Cargó el alguacil con la tabla, como había cargado con la calavera, y así enriquecidos con una historia, regresamos á la ciudad.

Sin descansar un momento, nos dirigimos á la parroquia mas próxima.

Zarco pidió en nombre de la ley el libro de sepelios de 1852. Recorrió el escribano hoja por hoja, partida por partida, sin encontrar ningun difunto de aquellas iniciales A. G. R.

Pasamos á otra parroquia.

Cinco tenía la villa: á la cuarta que visitamos, halló el escribano esta partida de sepelio.

En la iglesia parroquial de San.... de la villa de..., á cuatro de mayo de 1852, se hicieron los oficios de funeral, conformes á entierro mayor, y se dió sepultura en el cementerio general á D. ALFONSO GUTIERREZ DEL ROMERAL, natural y vecino que fué de esta poblacion, el cual no recibió los Santos Sacramentos ni testó por haber muerto de una apoplejia fulminante en la noche anterior, á la edad de treinta y un años. Estuvo casado con Doña Gabriela Zahara del Valle, natural de Madrid, y no deja hijos. Y para que conste, etc.

Tomó Zarco un certificado de esta partida, autorizado por el cura, y regresamos á nuestra casa.

Por el camino me dijo el juez.

— Todo lo veo claro. Antes de ocho dias habrá terminado este proceso que tan oscuro se presentaba.

— ¿Cómo?

— Sí: esa *apoplejia fulminante* es de hierro; tiene cabeza y punta, y va dentro de ese pañuelo. Ya tengo el *clavo*. Ahora solo me resta encontrar el martillo.

XII.

DECLARACIONES.

Un Vecino dijo:

Que D. Alfonso Gutierrez del Romeral, joven y rico propie-

te de V., espero que me diga si puedo reconocerla, si me es dado hablarla, si ha cesado el entredicho que me alejaba de V.

—¡Oh! amigo mio, respondió la hermosa tendiéndome la mano; le reconozco á V.... sobre todo en su severa formalidad.... ¿como está V.?

—En verdad que lo ignoro, señora. Mi salud, la salud de mi alma, — pues no otra cosa me preguntará V. en medio de un baile — depende de la salud del alma de V. Esto quiere decir que mi dicha no puede ser sino un reflejo de la suya. ¿Se ha curado V. el corazón?

— Aunque la galantería le prescriba á V. desearlo, contestó la dama, y mi aparente jovialidad suponerlo, V. sabe..... mejor que yo.... pues es V. cirujano del alma, ó sea novelista, que las heridas del corazón no se curan.

— Pero se *tratan*, señora, como dicen los facultativos; se hacen llevaderas; se da elasticidad á la sangre coagulada, se tiende una piel rosada sobre la roja cicatriz, se edifica una ilusión sobre un desengaño.....

— Pero esa edificación es falsa.....

— Como la primera, señora, como todas. Querer creer; querer gozar..... He aquí la ciencia. Mirabeau moribundo no aceptó el generoso ofrecimiento de una joven que quiso pasar toda su sangre á las empobrecidas arterias del grande hombre..... No sea V. como Mirabeau. Beba V. nueva vida en el primer corazón virgen que le ofrezca su rica savia. Y pues no gusta V. de galanterías, le añadiré en abono de mi consejo, que al hablar así no defiendo mis intereses.....

— ¿Por qué dice V. eso?

— Porque yo tengo tambien algo de Mirabeau..... no en la cabeza, sino en la sangre. Necesito lo que V.... ¡una primavera que me vivifique!.

— ¡Somos bien desdichados! En fin..... V. tendrá la bondad de no huir de mí en adelante.....

— Señora, iba á pedir á V. permiso para visitarla.

Nos despedimos.

— ¿Quién es esa mujer? pregunté á un amigo mio.

— Una americana..... Mercedes de Méridanueva, me contestó.

XVII.

OTRO CAPÍTULO INÚTIL.

Al día siguiente fui á visitar á mi nueva amiga.

La encantadora Mercedes me recibió *sans façon*, como á un compañero de viaje.

Yo quedé prendado del trato de aquella mujer, cuya belleza me habia ya cautivado.

Fuimos amigos, verdaderos amigos.

Un día..... no sé por qué incidencia..... sí — ahora recuerdo — hablando de sus desengaños, le conté la historia de los amores de mi amigo Zarco.

Ella la oyó con suma atencion, con tierno interés.

Al día siguiente me anunció que partia de Granada,

Yo sentí esta separacion, pues aquella mujer me inspiraba una profunda y respetuosa simpatia.

¿Quién era? No sé por qué me pareció siempre que su vida envolvía un misterio impenetrable.

Ella no me contó nunca sus pesares sino muy vagamente.

Dejéla ir, pues, sin comprenderla mucho mas que el día que nos bajamos juntos de la diligencia en Málaga.

(Concluirá.)

BALADA.

Pérfida como la vida.

(SHAKESPEARE.)

EL HIJO.

•Madre mia, me muero; ya la fiebre

•con su fuego interior mi pecho abrasa.

•¡Di á mi Elena que venga, que me muero!

•¡Ay! Madre mia, tráela.

LA MADRE.

•Olvidala, hijo mio, yo te adoro; y

•con el cariño de una madre basta;

•¡quién en el mundo te querrá como ella!

•No pienses en la ingrata.

EL HIJO.

•Aun mas que tú me adoras, yo la adoro;

•sin el amor de Elena no soy nada;

•si quieres á tu hijo, ve por ella.

•No vuelvas sin mi alma.

La madre salió al punto, en lágrimas bañada;

•vio á Elena y..... ¡pobre madre!.....

Sin ella volvió á casa.

AGUSTIN BONNAT.

Serenata.

A.....

Aunque me abrume

tu saña fiera,

luz de mis sentimientos,

como al perfume

de una flor hechicera

besan los vientos

besar quisiera

tus pesamientos.

Lirio gallardo,

rosa temprana,

¡quién fuera nardo

de tu ventana!

LUIS DE EGUILAZ.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Roma y Cartago á muerte se declararon guerra; mas la suerte fué contraria á Cartago en la lucha.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.